



EL LENGUAJE DEL FUTBOL

EN una situación de inflación futbolística como viene siendo la nuestra desde hace muchos años, el lenguaje del fútbol tiene una especial importancia, sociológicamente hablando. Lo que aquí intento no es más que una pequeña aproximación al tema. Un estudio completo nos permitiría compilar un verdadero diccionario formado por los vocablos, giros y frases hechas que utiliza la crítica deportiva o que se escuchan en los estadios, en las tertulias futbolísticas o en las conversaciones, sobre todo en las proverbiales conversaciones de los lunes, en los lugares de trabajo. No me refiero aquí solamente, al hablar del lenguaje del fútbol, a la mera nomenclatura de los lances del juego. Algunos de los sustantivos se dicen en inglés españolizado, el gol, el penalty, aunque a veces se sustituyen por sinónimos más o menos expresivos, tales como el «tanto» o el «máximo castigo»; otros se han ido independizando de la original denominación anglosajona, como, por ejemplo, el «saque de banda», el «saque de esquina» o la «falta», que hace pocos años todavía se llamaba, respectivamente, «out» o «aut», «corner» y «fault», o bien el «fuera de juego», que hoy se emplea en vez de «offside» («orsays»). Lo mismo ocurre con los nombres de las zonas en que está dividido el campo, tales como «el círculo central», el «área» o el «área pequeña o de penalty», la «línea de fondo», etcétera, con elementos

como la portería y el marcador o con los nombres de los distintos jugadores: el portero, el defensa o el delantero centro.

La descripción de lo que ha sucedido esencialmente en un partido de fútbol no tendría mayor complicación si, como sucedía en tiempos menos balompédicos que los nuestros, se hiciera solamente una breve reseña de sus principales lances y del resultado. Bastaría con narrarlos con los nombres propios del juego. Lo que pasa es que la crítica deportiva, atendiendo a la desahogada demanda de lectura futbolística que, por las razones que sea, se deja sentir en nuestra época, se ve obligada a hinchar el relato de los partidos haciendo una crónica pormenorizada de los episodios más notables, así como un «comentario crítico» del desenvolvimiento del juego. Existen algunos críticos deportivos, no muchos, que han logrado convertir sus crónicas en un interesante género periodístico con valor literario. Otros se limitan a hacer lo que podría llamarse una descripción digna del partido sin abusar, digámoslo así, de las licencias del lenguaje épico. Pero hay un tercer y nutrido grupo de comentaristas que, a la búsqueda de la «originalidad» y para evitar repetirse, cosa, todo hay que decirlo, nada sencilla para quien tiene que describir semana tras semana situaciones en lo esencial idénticas, recurren a un lenguaje sumamente pintoresco. Un lenguaje cuyo conocimiento y estudio vendrían a arrojar alguna luz so-



Entre el «cancerbero», que acude a por el «cuero», y el defensa, que llega tarde, el «ariete» ha visto el «huevo de gol».

bre nuestra de por sí pintoresca realidad.

El drama del comentarista comienza en el uso que necesita hacer de los sinónimos de los diversos elementos y lances del juego. Usted puede escribir una vez o dos en una crónica la palabra «campo» o la palabra «estadio», pero si el concepto, como es muy probable, le sale a usted otras veces tendrá que alternarla con la palabra «rectángulo» o la palabra «césped». Si tiene usted, como es común en mu-

chos críticos deportivos, una concepción militar del fútbol, puede, en cualquier momento, llamar al campo «palestra», donde está teniendo lugar la «batalla» del «encuentro» de tal o cual club con las «huestes enemigas». Para designar la pelota se puede recurrir a las voces «balón», «cuero», «esférico» y otras. Al «portero» del equipo se le llama «meta», «cancerbero»; al delantero centro, «ariete», etcétera. Pero donde la sinonimia es más expresiva es en la designa-

LUIS CARANDELL

ción de los miembros, o de los méritos o deméritos de un determinado equipo. Pongamos por caso que se está hablando de los jugadores del Valencia. Se les puede llamar «los valencianistas» o «los del Luis Casanovas», nombre del estadio, o «los mestalleros», que alude al nombre de Mestalla, con que antes era designado. También se les puede llamar «los chicos de Di Stefano», que es su entrenador o «mister». Los azulgranas del Barcelona, los blanquiazules del Español, los blanquiverdes del Betis son nombres corrientes. Pero nunca deja de ser asombroso que se hable de «la eficacia blanquiverde», o del «infructuoso dominio azulgrana», o de «los artilleros blanquiazules». A los del Betis, en un verdadero alarde de sinonimia, los llamaba alguien el otro día «los del manque», por aquello de «viva el Betis, manque pierda». Por lo que respecta al Real Madrid, se pueden decir maravillas: «el cerebro blanco» designa al interior Velázquez; «el pulmón merengue» es un tratamiento reservado a Pirri. Y esto no es nada al lado del nombre que se aplica a los futbolistas del Madrid cuando se les llama «los pupilos de Miguel



El «meta» despeja de puño «al limbo» (foto izquierda). El balón, o «esférico», es puesto en juego sobre el «césped» (foto superior).



Muñoz». Los colchoneros son los del Atlético de Madrid, nunca los de otros equipos que, como éste, visten camisetas blanquirrojas. Los «celestes» son los del Celta de Vigo, pero yo he oído llamarles también, en una imagen no muy difícil de comprender, los «conserveros». El equipo que se lleva la palma en esto de los sinónimos es, sin duda, el Sabadell. Se les llama «los laneros», «los de la Creu Alta», «los vallesanos», «los arlequinados» y «los de la industriosa ciudad del Vallés».

Pero no todos los problemas surgen del uso de los sinónimos. Da la impresión de que los comentaristas le cogen gusto a sus licencias estilísticas en las descripciones. Ruego al lector que piense las diferencias y sutiles matizaciones que existen, por ejemplo, entre estas palabras que designan las diversas clases de «chut» o patada a la pelota en dirección a la portería del equipo contrario: chut, tiro, disparo, tirazo, derechazo, izquierdazo, trallazo, chutazo, chupinazo y cañonazo. Se puede tirar un cañonazo y se puede disparar un chutazo. También se puede disparar un tiro o tirar un disparo, pero no se suele tirar un tiro ni disparar un disparo. Lo que se hace con el disparo es que se «conecta» y un tiro se «empalma». O al revés. Pe-

ro no hemos hecho más que empezar y ya estamos conectando y empalmando tiros a puerta. Antes suceden muchas cosas. El entrenador o «mister» es el encargado de decidir la táctica y de «plantear» el partido, encuentro o confrontación, llamado también, con espíritu más belicista, lid, contienda, etcétera. La táctica puede llevar el sello de la personalidad de su creador, y así se habla, por ejemplo, de «tácticas merkelianas», por Max Merkel, o bien, cuando es imposible formar el adjetivo, de «la táctica madridista» o «la estrategia arlequinada». Cuando un equipo que juega fuera de casa («el conjunto visitante») consigue, al menos, empatar ante «el equipo local» y de esta manera «arranca un valioso positivo» en campo contrario, se suele decir que ese equipo ha hecho «el planteamiento táctico que le convenía». En materia de táctica nos enfrentamos a un verdadero bosque de terminología. La mejor virtud que puede tener un equipo que juega a la defensiva es ser un equipo «pegajoso» o «correoso». Así puede este equipo «imponer un cerrojo» que tenga la virtud de frenar al conjunto atacante. En la táctica hoy prevaleciente, lo más importante para el «desenlace» del partido parece ser «la batalla de la zona central», donde los jugadores de la «línea medular» se disputan «el dominio del centro del campo» con sus «colegas centrocampistas de enfrente». Suele haber un jugador que es el «eje supervisor» de esta zona que puede o no coincidir con el «arquitecto de enlace», que es el que «construye» o «crea» fútbol, a ser posible, «en dosis masivas» poniendo en relación la «retaguardia» con la «vanguardia» del conjunto. La zaga o defensa debe ser un «valladar» que «pulverice las esperanzas» blanquiazules, pongamos por caso, y los delanteros, tanto los «hombres en punta» como aquellos que tienen la doble «misión» de ataque y defensa, bajando en caso necesario «a achicar balones», deben «infiltrarse» y tener «ideas claras hacia la penetración».

Con estas «armas» el equipo puede «fabricar fútbol», con «temple, mando y categoría» y «cuajar una actuación brillante». Si un conjunto pierde «a domicilio» o deja de «arañar» un «valioso positivo» en un campo donde era fácil arañarlo, se dice que ha sufrido «un tropezón» que le perjudicará en «sus aspiraciones». Lo ideal es «encarrilar» el partido en el primer tiempo y dejarlo «sentenciado», aunque eso se puede hacer en cualquier momento, incluso con tanteo adverso, si se consigue «neutralizar el tanto que campea en el marcador», dejando «las espadas en alto» para luego «deshacer la igualdad». Muchos equipos, cuando llevan ventaja en el marcador o cuando ven que no pueden superar al adversario, se



Peso a la estrada del «guardameta», el balón llevaba «marchamo de gol».

EL LENGUAJE DEL FUTBOL

«replegan» en la mitad rojiblanca, por ejemplo, del campo. El repliegue puede ser meramente táctico o puede ser «irrenunciable».

Pero todo el «quehacer rojiblanco», pongamos de nuevo por ejemplo, no es nada si no «cristaliza en tantos». De lo que se trata es de «materializar» el gol («la gran verdad del gol»), lo que se consigue llevando «el peligro al área amarilla», es un decir, y disparando, empalmado y conectando tiros contra la meta defendida por el meta canario, por no salirse del ejemplo. Hay veces que el balón «ronda el portal» azulgrana y «no se decide a entrar», bien sea porque el ariete remata «al limbo», es decir, alto, o porque el esférico «se estrella en el larguero», que es uno de los sitios donde suele estrellarse. Por «incomprensible fallo» muchos delanteros pierden la «ocasión de gol» que les habían «servido en bandeja» los compañeros. Se da el caso de tener el delantero centro el «gol en la punta de la bota», a pase del extremo que, desde la «posición teórica» del lateral izquierdo, había «corrido la banda» y había centrado «matemáticamente» y, sin embargo, «no acertar con el marco visitante». Un «maestro del oportunismo» no pierde tal ocasión. En fútbol no se emplea la palabra «oportunist» en el sentido peyorativo que tiene en los ambientes políticos. Ser oportunista es lo mismo que ser oportuno. La «eficacia rematadora» la tienen los hombres «resolutivos», que son los que «ven puerta» o, como también se dice, «ven el hueco de gol» y tiran. Claro que el cancerbero merengue, por poner otro ejemplo, puede hacer «un paradón», demostrando con ello sus facultades y su colocación. Hay tiros que llevan «marchamo de gol», aunque luego no se «materialicen». Sea como

sea, de lo que se trata es de «encontrar el camino del gol». Si el disparo va bien dirigido y luego se estrella en el poste o un defensa saca el balón «de debajo de los palos», se dice que «se cantaba el gol» y el lance se denomina con una palabra preciosa, que inventó el gran W. Fernández Florez: «vicegol». El «hombre-gol» es el hombre que suele marcar muchos goles. El «hombre-bigol» es el jugador que en un mismo partido mete dos goles.

El árbitro, o «colegiado», puede influir considerablemente en el resultado del encuentro. Su «labor» puede hacer que se le caracterice como «casero» o «anticasero», según ayude al conjunto local o visitante, o bien, y obsérvese el matiz, como «caserillo» o «anticaserillo». Una de las formas que tiene el árbitro de ser anticasero, por ejemplo, es señalarle al equipo de casa «el punto fatídico» pitando «la máxima falta». Se llama «autogol» al que marca un defensor en propia meta, y «autogolear» la acción de tan desgraciado incidente. Hay veces que el equipo «se apoltona» en un determinado punto y no hay manera de infiltrarse ni de «crear situaciones de gol». De esta manera no se hace «funcionar el marcador». La sorpresa puede entonces «rondar la torreta del estadio» arrebatando al conjunto favorito los «puntos que tanta falta le hacen». Es con «clarividencia» y con «inteligencia» como se consigue, «por mediación de» el delantero que ha hecho «la pared» con su compañero del «tándem artillero», que el balón se cuele por el ángulo superior izquierdo, y llegue «al fondo de las mallas», «incrustrándose» o «alojándose» en ellas según la fuerza del disparo del jugador que lo marcó. Un «golazo». Y así. ■ L. C.

EGUILLOR

ESTO ES LA RUINA! NO TENEMOS NINGUNA SALIDA AL EXTRANJERO Y AQUÍ NO TE DEJAN NI RESPIRAR!



YA TE DIJE QUE ESTO DE QUE TODA LA FAMILIA NOS DEDICÁRAMOS AL CINÉ NO ES COSA DE DERECHAS!



POR ESO ESTAMOS AHORA COMO ESTAMOS!



YO, POBRE Y DESVALIDA PARALÍTICA, SÓLO PUEDO TEJER PRIMORDIAS REBE-CAS QUE VENDER AL PRIMERO QUE COMPRE...



NO LLORES, ADELICISA... MI REPENTINA CEGUERA HA SIDO LA CAUSA DE TODAS NUESTRAS DESGRACIAS...



POBRE ABUELITA! ELLA HA SIDO LA QUE NOS HA TENIDO QUE MANTENER. Y AHORA... BERLANGA Y SUMMERS NO PUEDEN DARLE TRABAJO...



YO FUI LA PRIMERA EN COGER LA PARALÍS!

Y YA NI SIQUERA LE DAN UN PAPEL DE INDIO COMANCHE. EN ALMERÍA... Y CON ESTA OLA DE PORNOGRAFÍA CÉLTIBÉRICA, NO VA A...



DECÍAIS ALGO, MUCHACHOS?



ADELICISA ¿QUÉ PASA?

FIN